

Texto del P. Arintero

Transcribimos a continuación un texto célebre del P. Arintero que se encuentra al comienzo del primer capítulo de su obra *Evolución mística*, donde nos habla de lo que él entiende precisamente por *mística* y por *evolución mística*:

Místico es lo mismo que *recóndito*. *Vida mística* es la misteriosa vida de la gracia de Jesucristo en las almas fieles que, muriendo a sí mismas, con Él viven *escondidas en Dios* (Col 3, 3); o más propiamente: “es la íntima vida que experimentan las almas justas, como animadas y poseídas del Espíritu de Jesucristo, recibiendo cada vez mejor y sintiendo a veces claramente sus divinos influjos –sabrosos y dolorosos– y con ellos creciendo y progresando en unión y conformidad con el que es su Cabeza, hasta quedar en Él transformadas”.

Por evolución mística entendemos todo el proceso de formación, desarrollo y expansión de esa vida prodigiosa, “hasta que se forme Cristo en nosotros” (Ga 4, 19), y “nos transformemos en su divina imagen” (2Co 3, 18).

Esta vida puede vivirse *inconscientemente*, como vive un niño la vida racional, o propiamente humana; y así la viven los principiantes y en general todos los que se llaman simples ascetas, o sea los que caminan a la perfección por las “sendas ordinarias” de la consideración laboriosa de los divinos misterios, la mortificación de las pasiones y el ejercicio metódico de las virtudes y de las prácticas piadosas. Y puede vivirse también *conscientemente*, con cierta experiencia íntima de los misteriosos toques e influjos divinos, y de la real presencia vivificadora del Espíritu Santo; y así la suelen vivir la generalidad de las almas más aprovechadas que han llegado ya al perfecto ejercicio de las virtudes, y también otras privilegiadas a quienes Dios libremente escoge desde mucho antes para llevarlas más aprisa, como en sus brazos, por las vías extraordinarias de la contemplación infusa».

Este Boletín se distribuye gratuitamente.
Quien desee recibirlo puede solicitarlo a:

VIDA SOBRENATURAL
Convento de San Esteban
Apartado 17
37080 – Salamanca

E-mail: vidasobrenatural@fatse.org
Tel: (923) 21 50 00

Si desea ayudar, con su limosna, a sufragar los gastos de edición de esta publicación puede hacerlo por giro postal o transferencia bancaria a la c/c nº **0182- 3726- 11-020-050062- 9**, del **BBVA**.

Biografías sobre el P. Arintero

A. ALONSO LOBO, *El P. Arintero, precursor clarividente del Concilio Vaticano II*, Salamanca 1970 (10 €, más gastos de envío).

A. BANDERA, *El P. Juan G.-Arintero. Una vida de santidad*, Salamanca 1992 (35 €, más gastos de envío).

M. A. MARTÍNEZ, O.P., *El P. Arintero, «restaurador de la Mística en España»* (Celebraciones vivas de los santos 65), Burgos 2004, 48 pp. (3 €, más gastos de envío)

Están disponibles estampas (0,10 €) y devocionarios del Amor Misericordioso y de María Mediadora (2 €, más gastos de envío).

P. Juan G. Arintero, O.P.

–Apóstol del Amor Misericordioso–

Boletín Informativo

Año II –nº 6– Septiembre-Diciembre 2007

Causa de Canonización

Promotor: Fr. Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

«Deseo a Nuestro Señor, deseo amarle y que muchos le amen» (P. Arintero).

EDITORIAL

La influencia de un buen libro en la vida del P. Arintero (I)

La lectura de un buen libro puede ser decisiva en la vida de una persona si acierta a responder a las cuestiones cruciales que se está planteando en ese momento o simplemente si es capaz de abrir un horizonte insospechado o no tenido suficientemente en cuenta hasta el momento. Eso es lo que le ocurrió al P. Arintero con el libro del Henri Joly, titulado *Psicología de los Santos (Psychologie des Saint)*. En este libro afloran algunas ideas de las que el P. Arintero se convertirá en el abanderado. La más importante se refiere a la llamada universal a la santidad. Henri Joly se expresa al respecto diciendo: «una de las verdades esenciales del cristianismo es que todos estamos llamados a la santidad»¹.

Henri Joly comienza lamentando que algunos desfiguren la fisonomía de los santos, ya sea presentándolos como personas que están por encima del resto de la humanidad, hasta el punto de que ya no parezcan «hijos de Adán» como los demás, ni parezcan poseer «carne y huesos como nosotros»; o tratando de explicar todo en ellos por las influencias naturales y sociales a las que están sometidos como nosotros. Incluso se ha hecho de muchos de ellos gente enferma, histérica, sugestionada o sugestionante, telepática, gente a la que la delicadeza innata o adquirida de su sistema nervioso les ha dotado de una especie de segunda vista, etc.

Henri Joly es consciente de que a las leyendas de los santos hay que hacerles como a las bellas catedrales: hay que despojarlas de los elementos añadidos y espurios que las desfiguran, para devolverles su pureza primera.

Antes de centrarse en la santidad cristiana, Henri Joly analiza brevemente la idea de la santidad en las otras religiones. La idea de la santidad –nos dice– no es nueva, pero no siempre se ha entendido de la misma manera.

¹ *Psychologie des Saint*, sixième édition, Paris 1900, p. 25. Citamos por esta sexta edición del libro, que se encuentra en la Biblioteca del convento de San Esteban, donde murió el P. Arintero y que probablemente fue la que él mismo utilizó.

Analizando la historia de la santidad nos damos cuenta de que se trata de una de las aspiraciones más sublimes –o más orgullosas– de la especie humana.

Para que surgiera la idea de la santidad humana fue preciso que el ser humano se sintiera atraído y renovado por una existencia mejor.

Después de hablar de la santidad en el pueblo chino, entre los griegos, los budistas y los musulmanes, Henri Joly se detiene en la santidad según aparece en la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Es sobre todo en el pueblo hebreo y en la Biblia donde la idea de santidad se muestra en toda su plenitud. La Biblia proclama que Dios es la santidad por excelencia; Él es el único santo, pero esta santidad se comunica a las criaturas como signo de un favor especial. Es también un don gratuito y que no supone, en primer lugar, ningún mérito humano. Esta santidad se nos ofrece de una forma más accesible cuando se nos propone como modelo y como socorro en la persona de Jesús.

En la vida cristiana la participación en la santidad de Dios debería ser algo común a todos los fieles, aunque de hecho sólo la vemos realizada en un pequeño número de cristianos a los que Iglesia denomina santos.

Toda la excelencia y perfección de los santos brota del Espíritu de Jesús difundido en ellos.

El santo es, en primer lugar, un hombre o una mujer, que no sólo se ha elevado, sino que ha crecido, bajo la acción de la gracia. Bossuet llama a los santos «esos grandes hombres que han plantado la Iglesia de Dios».

Henri Joly se pregunta, ¿en qué se parecen y diferencian los santos a los grandes hombre y mujeres de la historia humana y profana? Y responde diciendo que quizás para muchos la santidad sea lo más difícil, sobre todo si tenemos en cuenta los obstáculos que levantamos nosotros. Sin embargo, vuelve a insistir en que una de las verdades esenciales del cristianismo es que todos estamos llamados a la santidad.

Según el papa Benedicto XIV, para canonizar a una persona basta que exista la prueba de que ha practicado en grado heroico las virtudes a las que las circunstancias de la vida le han movido, según su condición, su rango y estado (*De la beatificación y de la canonización de los santos* III, 21).

La Iglesia pide sólo que este heroísmo no haya sido la inspiración de un momento, sino que esté presente a lo largo de toda la vida. Si para canonizar a muchos mártires la Iglesia se ha contentado con el testimonio de su muerte, es porque se considera que el sacrificio de su vida resume toda su existencia anterior.

La vida interior tiene en los santos una mayor importancia que en los grandes genios. Toda la historia nos muestra que no hay santos sin una vida de oración extraordinaria, sin un intenso impulso hacia Dios, sin meditación y amor al retiro. Los grandes hombres de la historia son más ávidos de éxito exterior; quieren ser amados por el público y forzar su admiración. En cambio,

el santo no busca la publicidad; quiere difundir a su alrededor la paz que desea para sí mismo mediante la oración y el sacrificio.

Los grandes genios, tan grandes para la multitud y para aquellos que ven los resultados de sus trabajos, son con frecuencia pequeños para quienes viven cerca de ellos y conocen todas las debilidades de su carácter. Por el contrario, quienes viven cerca de los santos son los testigos de sus virtudes ocultas, de su ternura ignorada, de su crédito ante Dios y de su invisible acción sobre las personas.

De esta diferencia se deriva otra. El santo es más libre. ¿Cómo es posible que sea más libre amando la disciplina y sometándose a la gracia que le ha transformado y subyugado? La misma filosofía pagana muestra que la regla elegida libremente no anula, sino que consagra y fortalece la libertad.

Los grandes genios con frecuencia se ven sometidos a la tiranía de los sentidos, de la pasión y de la ambición, de las falsas admiraciones, de los falsos amigos. También los santos han experimentado la enfermedad física, los obstáculos, las pruebas, la resistencia de los amigos y de los enemigos, el conocimiento humillado de sí mismos, pero nada de eso les domina ni encadena, sino que en todo ello encuentran precisamente el alimento cotidiano de su santidad. Éste es el alimento que forma y sostiene la parte más sólida de su temperamento espiritual.

De esta libertad inatacable se deriva en la vida de los santos una unidad que no se encuentra en el mismo grado en la vida de los genios.

Una última característica distingue al santo del genio es el progreso constante e indefinido. El santo crece en santidad hasta el último día.

Estas diferencias no suprimen los puntos de contacto. La santidad y el genio están unidas con frecuencia en la misma persona, lo que muestra que uno no es forzosamente enemigo del otro.

Oración (para uso privado)

Padre lleno de amor y Dios de infinita misericordia, acuérdate del celo ardiente que abrasaba a tu hijo *Juan González Arintero* por dar a conocer el Amor Misericordioso de tu Divino Corazón, y concédeme por su intercesión la gracia que humildemente te pido como signo de tu voluntad de glorificar al que tanto trabajó para que en todo el mundo fuese *conocido, amado, imitado y ofrecido* tu amado Hijo Jesús como Amor Misericordioso. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Pídase la gracia que se desea alcanzar...

Padrenuestro, Ave María y Gloria.

Comunique las gracias y favores recibidos

N.B. De conformidad con los decretos de Urbano VIII, en nada se pretende prevenir el juicio de la Iglesia.